

Salud pública, Cambon propuso el impuesto progresivo, reglamentado por las municipalidades. En medio de la división y á título de enmienda él mismo introdujo otra demanda: «El empréstito sería forzoso de mil millones, que se extraerían solo de los egoístas y de los indiferentes» (impuesto reembolsable en bienes de los emigrados).

El día 23 se anunció un levantamiento insurreccional. La Asamblea lo sabía perfectamente y prestaba más atención á las denuncias de las



LA TOUR-D'AUVERGNE

secciones respecto á las proposiciones para las matanzas que habían de realizarse en la alcaldía de París, el domingo y el lunes por la noche. La Comuna tuvo miedo y desautorizó cuanto dijo el domingo. Respecto á la proposición de Chaumette manifestó que invitaría á los denunciadores para que le proporcionaran más datos con el fin de conocer quienes eran los traidores y proceder contra ellos, entregándolos á los tribunales.

La Asamblea no veía más palabras ante tales revelaciones. Leyó las cartas enviadas por el alcalde Pache desmintiendo lo que se había dicho y durmió sosegadamente.

Los días 19, 24, aun el 29 mismo, Pache escribía á la Convención: «No haya temores. No hay tal complot. La actitud feroz que se adopta

en determinadas secciones tiene más carácter de ferocidad imaginaria, que de real. El corazón de los hombres es aun humano, sensible.»

La Convención tardó dos días en nombrar la comisión de los Doce y los Doce emplearon tres días en la redacción de su informe, que resultó verdaderamente ridículo. Vigíé, que fué el encargado de redactarlo, comenzaba diciendo: «Que los peligros eran extremados é inminentes. Si transcurren algunos días más en esta actitud habremos desaparecido todos.» Y después, para remediar estos peligros, propuso que se reforzaran las guardias de la Convención. Cada compañía debía enviar dos hombres. El resto de las cosas no sufrieron modificación alguna.

La Comuna quedaba revestida del derecho de requerir la fuerza militar, es decir, de asediar á la Convención en el momento que quisiera.

El informe fué, á pesar de Danton, aprobado. Este dijo: «El decreto que adoptáis ahora es el decreto del miedo.»

Por pobre que fuera esta primera medida de los Doce, tenía de buena que se confiaba á París la defensa de la Asamblea, de la Revolución. Esta línea de conducta debíase seguir especialmente en la Convención. Al día siguiente, su presidente Isnard, cometió una imprudencia.

El día 24 los Doce habían ordenado la detención de Varlet, Marino, el autor de las proposiciones sanguinarias hechas en la noche del domingo, Hebert, el famoso *Pere Duchesne* que en su último número (n.º 289) decía que los girondinos, comprados en París por Pitt, habían autorizado el saqueo de los establecimientos públicos en Febrero y que después se apoderaron de todo el pan que había en las tahonas para provocar el hambre, la escasez.

El día 25 de buena mañana la Comuna fué á la Convención á reclamar la libertad del gran ciudadano y magistrado estimable Hebert. En la petición de la Comuna, redactada en términos furiosos, se exigía la muerte de los calumniadores, de quienes habían denunciado la proposición sanguinaria hecha en la alcaldía.

Un estremecimiento de indignación sufrió la Asamblea ante tales palabras.

Isnard no pudo contenerse más. Desde su asiento presidencial lanzó una de esas palabras que parecen anunciar una revolución.

«Pronto se os hará justicia, dijo á los oradores de la Comuna; pero escuchad las verdades que he de deciros. La Francia tiene en París su representación nacional. Es preciso que París sepa respetar esta representación. Si la Convención sufriera ataques groseros, os lo juro... en nombre de la Francia entera...»

Y levantó su diestra como para lanzar un terrible anatema.

«¡No! ¡No! gritó la izquierda.

Pero casi toda la Asamblea gritó: «¡Sí, sí!»

Isnard continúa: «París en ese caso sería destruído.»

Marat: «Cobarde, miserable, abandonad vuestro asiento...»



«¡Queréis salvar á los hombres de Estado!»

Isnard en tono lúgubre: «Se buscará por las orillas del Sena los rastros de la existencia de París.»

Tan terrible blasfemia indignó á unos y alegró á otros, que en el descontento de Isnard encontraron fuerzas para su propaganda. Danton se lanzó á la tribuna y sin abusar contra Isnard (á quien vió apoyado por una mayoría) defendió á París con extremado buen sentido y moderación. Llamó en su ayuda á todos los hombres y acabó recibiendo los aplausos de todos los partidos.

Isnard cometió una gran falta. Había sido injusto y torpe en sus palabras. París en realidad era muy favorable á la Convención.

Aun no hacía un cuarto de hora que Isnard había pronunciado tan terribles palabras y ya habían repercutido en el arrabal de San Antonio, donde se decía con horror: «El presidente ha pedido la destrucción de París.»

Lo mismo que Isnard dijo el 25 de Mayo habíalo dicho el 10 de Marzo, Barere (salvo la terquedad de la forma, el tono lúgubre y el aire siniestramente profético), y sin embargo á nadie molestó.

Las palabras del presidente corrieron de boca en boca con la velocidad del viento promoviéndose en París grande excitación; fué como una tempestad. Parecía verse á lo lejos á los soldados de los departamentos llegar sobre París armados hasta los dientes y dispuestos á demoler la capital.

El día 25 por la noche los comités revolucionarios, valiéndose del pésimo efecto que causaron las palabras de Isnard, hicieron un ensayo de su fuerza. El intento se verificó en París, donde el comité estaba apoyado por la sección del Obispado y en el tribunal revolucionario arrestados cinco individuos «que hablaron mal de Marat y Robespierre.» La orden de detención estaba firmada por Dobsent, juez del tribunal revolucionario y que precisamente por el cargo que desempeñaba era casi inviolable.

Realmente resultaba hábil la elección de un hombre como Dobsent para realizar los primeros y peligrosos ensayos de la nueva tiranía. El tribunal era el centro, el punto donde convergían los hombres del 93, el lugar sacrosanto de los creyentes del terror. Quien tomaba asiento en el terror era inviolable mucho más que en la Convención. Fuere la que fuese la opinión que se haya formado del tribunal indicado nadie negará que él fué como la cuchilla de la justicia revolucionaria. Destruir esta arma hubiera sido dar una fuerza poderosa á los realistas.

Precisamente entonces se arrojaba de la Bretaña á los realistas sospechosos, á los conjurados. ¿Estos prisioneros que llegaban ante el tribunal revolucionario iban á encontrar prisioneros á sus mismos jueces? No era posible esto y de ahí la inviolabilidad de los jueces del tribunal.

Nada detuvo á los Doce. Ordenaron á Dobsent que aportara los re-

gistros de la sección, y habiéndose negado á ello lo arrestaron. La Convención seguía resueltamente á los Doce.

Sin discusión acordó el 26 de Mayo no solo la libertad de cinco individuos encarcelados por orden de Dobsent y del comité, sino la supresión del comité, impedir que hubiera comités que se llamaran revolucionarios dando una orden general á los comités para que se contuvieran en los límites que los señalaba la ley.

Toda la poderosa máquina del Terror quedó destruída en un momento.

¿Con qué la sustituiría la Convención? ¿Organizó un nuevo poder que contuviera el avance del realismo?

El asunto fué finalmente ridículo. La Asamblea sometía su seguridad al ministro del Interior, el débil, al impotente Garat.

El decreto fué leído por la mañana. En contestación al mismo los exaltados intentaron insurreccionarse. Bajo su dirección se distribuían los fondos á las mujeres y madres de los que partían. Tenían entre las mujeres gran partido. Armadas de picas, á bandadas las arrojaron sobre París. Estas mujeres batiendo tambores proclamaban la insurrección, secundada ya en algunas secciones. Los exaltados y los moderados lucharon entre sí, dándose de palos, de silletazos, siendo los segundos arrojados de las Asambleas. Poco numerosos ayudábanse aun más disimuladamente. Aun siendo los menos fuertes tenían á su disposición las fuerzas armadas por la Comuna.

Resultaba, sin embargo, aventurado predecir el triunfo de un corto, pero tenaz y fuerte grupo de individuos que se batían contra cien mil guardias nacionales.

Estas luchas á bastonazos podían despertar á París. Hubiera bastado una señal para que hubiesen cambiado de rumbo las cosas. Los furiosos de la sección del Obispado cometieron la imprudencia de nombrar presidente durante estos días de crisis á un hombre muy conocido en París que no aparecía más que en los días fatales de matanzas y revueltas, el *hombre negro* del 5 de Octubre, la lúgubre figura del juez de la Abadía.

Los Jacobinos no podían continuar en su actitud inactiva. Era necesario que salvaran á los exaltados que se perdieron no acordando las matanzas que suponían, si no un vil asesinato. Robespierre debía de dudar antes de tomar de nuevo el papel de vanguardia de la Revolución, papel que se había dejado arrebatar poco antes. El mismo habíase, en cierto modo, comprometido con la Asamblea contra un juez que denunció ante la Convención á los Jacobinos. Sin embargo no tuvo otro recurso que demostrar su entusiasmo por la revolución, colocándose frente á frente del moderantismo.

La noche del 26 pronunció un discurso revolucionario, ardiente, belicoso, dejando confundidos á sus propios amigos. Fué su discurso como la cólera de Aquiles. Declaró que el pueblo se había insurreccio-



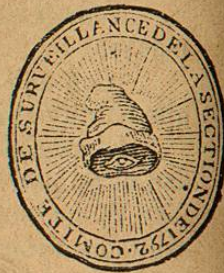
Los sellos parisienses durante el periodo de la Revolución



Sección de las Termas.



Sello de la Prefectura del Sena (año III).



Sección Lepelletier.



Sección del Louvre, antiguamente de Saint-Germain.



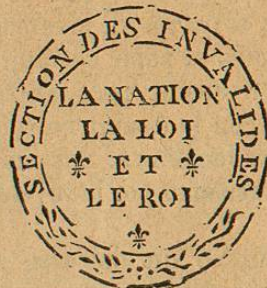
Sección del Jardín de Plantas.



Sección del Arrabal de Montmartre.



Sección del Arsenal.



Sección de los Inválidos.



Sección de Gravilliers.

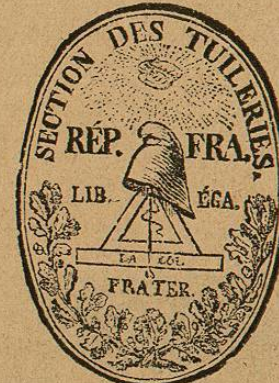
Los sellos parisienses durante el periodo de la Revolución



Sello del departamento del Sena.



Sección de Butte-des-Moulins.



Sección de las Tullerías.



Sección del Hombre-Armé.



Sección Amigos de la Patria.



Sección de los Lombardos.



Sección Mutius Scevola.



nado contra los diputados corrompidos. La Sociedad se levantó furiosa contra quienes la deshonraban con sus cohechos y sus chanchullos. De suerte que en este sentido los Jacobinos se insurreccionaron también.

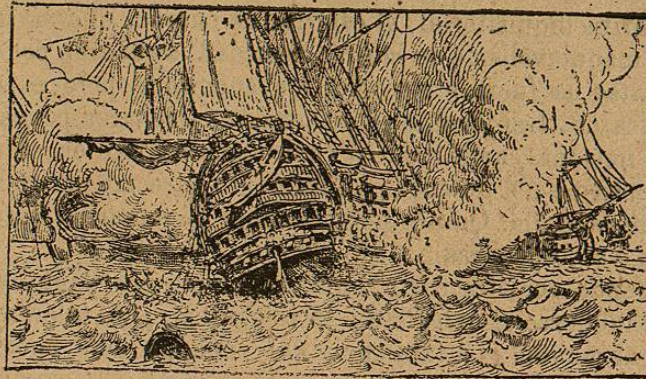
En este discurso colérico, obra de cálculo para la masa de los jacobinos, Robespierre encontró el medio para indicar el camino que seguía. Dirigiéndose á la fuerza del ejército más poderosa, á la más amenazadora, á la de artillería, dijo: «Si vosotros los artilleros teniendo pólvora no la empleais ahora que se aproxima el enemigo, este mismo os juzgará, mañana quizás, como traidores y os tratará como tales.»

*Se acerca el enemigo.*

Esto dijo perfectamente Robespierre para llamar la atención de todos y al mismo tiempo para aplazar las operaciones. *Aun estaba aproximándose el enemigo.*

Efectivamente, ante los Jacobinos declaró que por entonces bastaba con una *insurrección moral*.

La dificultad estaba en hacer comprender á la sección del Obispado y á hombres como Maillard, Varlet, Fournier, la idea de esta índole de insurrección. El capuchino Chabot se encargó en unión de Dufourny de conducirlos por el camino que señalaron los Jacobinos.



#### CAPITULO IV

##### *El 31 de Mayo.—Impotencia de la insurrección*

La actitud que hubiéramos adoptado en la Convención.—Por qué fué abandonada la Gironda.—Esta no proponía nada.—Existía allí una mezcla extraña de realismo.—Falsas acusaciones de que fué víctima la Gironda.—Como quedó justificada por sus enemigos.—El misterio del 31 de Mayo revelado por primera vez.—Movimiento preparatorio del 27 de Mayo del 93.—La Convención invadida (noche del 27 de Mayo).—Progresos de la Montaña (28 de Mayo).—Debilidad de los dos partidos.—En las elecciones de París no aparecían más que 5.000 electores.—La insurrección moral y la insurrección brutal.—Teme Robespierre á la insurrección brutal.—Opónense las secciones á esta índole de insurrección.—La sección del Obispado obliga á las demás á que le envíen sus delegados.—Resistencia directa ó indirecta de las secciones (29-31 de Mayo).—El Obispado por la insurrección.—Los Jacobinos organizan su insurrección moral y reúnen á los delegados de las secciones (30-31 de Mayo).—El Obispado nombra un comité de Salud pública y se apodera de la Comuna (31 de Mayo).—Indecisión del nuevo poder.—Innación de la Asamblea.—Ambiguos discursos de Danton. La insurrección.—Los Jacobinos crean un comité de Salud pública y lo envían á la Comuna.—El Obispado se dirige al arrabal de San Antonio y provoca una colisión.—Los Jacobinos invaden á la Asamblea y reclaman el decreto de acusación.—El arrabal y las secciones reconciliadas entran en la Asamblea y garantizan su seguridad.—Insurrección sin resultado.

La escrupulosa imparcialidad con que hemos juzgado los actos de la Montaña y de la Gironda elogiando ó censurando sus actos, día por día y hora por hora, no debe ser obstáculo para que digamos á nuestros lectores qué línea de conducta hubiéramos seguido caso de haber tomado asiento en la Convención.

Si se nos preguntase en qué banco hubiéramos tomado asiento responderíamos sin titubear: Entre Cambon y Carnot.

Es decir, hubiéramos sido montañeses, no jacobinos.

Se olvida frecuentemente que una gran parte de la Montaña, los Gregoire, los Thibaudeau, muchos diputados militares, fueron extraños á los manejos de los Jacobinos. Los dantonistas, especialmente Camilo Desmoulins, á pesar de que su fama fué contraria á este espíritu.